

M.^a del Carmen Bobes - Ricardo de la Fuente Ballesteros - Mercedes
Rodríguez Pequeño - Javier García Rodríguez - Isabel Paraíso - Fabián
Gutiérrez Flórez - Elena Arenas Cruz - María Rubio Martín

LA HISTORIA DE LA LITERATURA Y LA CRÍTICA

Ricardo de la Fuente (ed.)

Ediciones Colegio de España

Índice

I.	RICARDO DE LA FUENTE BALLESTEROS: Introducción	9
II.	M. ^a DEL CARMEN BOBES NAVES: Historia y estructuralismo. Los postestructuralismos (Semiología y postmodernidad) . . .	29
III.	MERCEDES RODRÍGUEZ PEQUEÑO: La historia literaria y las corrientes crítico-formales	65
IV.	JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ: De la historia literaria a los estu- dios culturales	91
V.	ISABEL PARAÍSO: Literatura y biografía	111
VI.	FABIÁN GUTIÉRREZ FLÓREZ: La sociocrítica	135
VII.	ELENA ARENAS CRUZ: La teoría de los géneros y la historia lite- raria	159
VIII.	MARÍA RUBIO MARTÍN: Hermeneútica e historia literaria . . .	189

INTRODUCCION

Aunque tradicionalmente consideradas disciplinas independientes, y hasta cierto punto excluyentes, la historiografía, la crítica y la teoría literarias, por el simple hecho de compartir el adjetivo «literario» de su denominación, están inexorablemente condenadas a participar solidariamente en el estudio del hecho literario, sea cual fuere la naturaleza de ese acercamiento. Quizá en el ámbito metateórico de la epistemología literaria sea posible concebir una reconstrucción de la historia de cualquier literatura en la que no sea pertinente la valoración de los objetos históricos (los textos) ni la reflexión sobre su naturaleza, pero lo cierto es que la historiografía literaria necesita tanto de la crítica como de la teoría para cumplir su cometido: hacer una historia de la literatura significa, en primer lugar, postular un concepto de literatura que permita distinguir los textos susceptibles de formar parte de ella, para, posteriormente, seleccionar dentro de ese *corpus* los considerados más relevantes (a partir de criterios éticos, estéticos, lingüísticos, culturales, etc.).

Cada corriente teórica, por tanto, cada metodología crítica, se plasmará en un determinado modelo de historiografía literaria, que a su vez condicionará los sucesivos planteamientos críticos y teóricos del hecho literario. Sin embargo, deberían minimizarse los límites entre estos tres modos de abordar el análisis literario (el historiográfico, el teórico y el crítico), dado que ninguno de ellos puede desarrollar su trabajo sin recurrir en mayor o menor medida a los demás: probablemente la Historiografía literaria pueda considerarse el catálogo, el mero inventario de obras literarias que provee de materiales a la Crítica, cuya labor interpretativa y valorativa de los textos es revisada y cuestionada por la Teoría en un intento de regularizar y normalizar sus criterios de actuación, así como los objetos y fines de su reflexión. Pero, al mismo tiempo, como ya apunté líneas más arriba, podemos dar la vuelta a este argumento de modo que sea la Historia de la Literatura el resultado de la selección operada por la Crítica en el conjunto de obras existentes, canon que a su vez responde a un determinado concepto de literatura sostenido por la Teoría.

En cualquier caso, y ya sea declarada o implícitamente, la historiografía literaria siempre poseerá una triple dimensión cultural (ya que remite a un determinado concepto de Historia), ideológica (por cuanto diseña un canon) y crítica (pues valora los textos incluidos en ese canon), lo que, unido a su carácter inconcluso, pues la provisionalidad de sus afirmaciones es inherente a su naturaleza histórica, hace que esta disciplina, además de ofrecer en todo momento un estado sincrónico de la cuestión, deba ser también considerada de un modo diacrónico, lo que permitiría no sólo rastrear la evolución de la Crítica literaria (ya que descubriríamos cuáles eran las obras más valoradas en una determinada época), sino también el desarrollo de la Teoría literaria, desde los abusos historicistas del Positivismo hasta las actuales tesis deconstruccionistas, basadas en la negación del propio concepto de Literatura y por ende de su análisis histórico.

En todo caso se debe defender un inevitable y necesario pluralismo crítico. Es mucho más rentable la mutua aceptación y colaboración entre las visiones críticas que el eclecticismo o el relativismo. Así se manifiesta Booth al preconizar un entendimiento mutuo basado en el conocimiento tanto de las limitaciones como de las aportaciones de cada uno [1979]. Ya no hay una única respuesta, ni siquiera se trata de buscar una única solución válida. El final del postestructuralismo, y el incierto postmodernismo, defienden la existencia de múltiples interpretaciones, todas ellas igualmente válidas. No existen criterios establecidos *a priori* que marquen una lectura correcta, desaparecen las verdades absolutas y éstas son sustituidas por lo fragmentario y relativo. Esto va a dar lugar a una forma de lectura crítica, no sujeta a moldes fijos, que cuando es realizada por personas de gusto y sensibilidad —capaces de captar todos los resortes estéticos de la obra, y con un conocimiento profundo del campo en el que se mueve,— puede alcanzar tanto o más rendimiento que la lectura sometida a un determinado canon crítico. Es más importante la libertad de una lectura, que el sometimiento al rigor estéril de un método crítico.

La historia de la literatura es una disciplina que se ha ido formando paulatinamente como resultado de una aplicación de criterios y métodos de investigación sobre un conjunto de obras. Pero es evidente que, tanto los criterios como los métodos dependen de una serie de contextos que influyen en el intérprete. Por otro lado, los criterios no son fijos, sino que la historia los va modificando. Por ello, como es lógico, la historia literaria se ha visto sujeta y se verá a una serie de vaivenes que van constituyendo su historiografía.

La historia de la literatura sólo puede considerarse ciencia desde el momento en que se establecen unos criterios estrictos y unos métodos para

estudiar el objeto artístico. Esta institucionalización no se da hasta el siglo XIX, cuando se desarrolla la historiografía romántica y positivista que, por un lado, van a operar sobre un catálogo cada vez más amplio de piezas que los románticos con su celo nacionalista van a ir aportando, y, por otro, que se van a interpretar en función de una serie de falsillas que contituirán las primeras grandes interpretaciones historiográficas. Todo lo anterior no es más que la prehistoria de la historia de la literatura.

PREHISTORIA

Las primeras manifestaciones de la historiografía literaria española son el prólogo que a la traducción de la *Paradoxa* de Cicerón introdujo el humanista mallorquín Ferrán Valentí y la *Carta Proemio* del Marqués de Santillana¹. Mientras la primera de ellas sólo hace una breve referencia a autores italianos y valencianos cronológicamente cercanos a Valentí, la segunda presenta un repaso a toda la literatura conocida por Santillana, desde los clásicos grecolatinos hasta los contemporáneos.

A lo largo de los siglos XVI y XVII se produjo la aparición de numerosas obras de interés historiográfico, en las que, como señala Díaz-Plaja [Yndurain, 1979], podemos distinguir diversos grupos:

- Obras literarias que contienen datos interesantes para comprender el ambiente y costumbres literarias de la época: crónicas diversas (Miguel Lucas de Iranzo, Madame d'Aulnoy), obras de imaginación (Agustín de Rojas, Quevedo, Cristóbal Suárez de Figueroa, Gracián), sermones y pre-máticas y noticias histórico-literarias (Zapata, Mexía).
- Literatura preceptiva.
- Ficciones mitológicas o literarias (Montemayor, Gil Polo, Juan de la Cueva, Lope de Vega, Cervantes, Saavedra Fajardo).
- Anotaciones críticas de los grandes humanistas (Herrera, el Brocense) y ediciones de intención crítica (Fray Luis, Quevedo).
- Censuras, prólogos y elogios de libros.
- Catálogos bibliográficos (Valerio A. Taxandro).
- Obras sistemáticas con finalidad histórico-literaria (Matamoros).

1. Sobre la *Carta Proemio* y su significado vid. el artículo de F. Ferrie, "Aspiraciones del humanismo español del siglo XV: Revalorización del *Proemio e Carta* de Santillana", *R.F.E.*, LVII, 1974-5, pp. 195-209.

Por supuesto, son los dos últimos grupos los que incluyen las obras fundamentales de historiografía literaria del momento, y entre las que podemos destacar *Pro adserenda hispaniorum ereditio* de Alfonso García Matamoros, *Discurso sobre la poesía castellana* de Gonzalo Argote de Molina, *Bibliotheca Hispana Vetus* y *Bibliotheca Hispana Nova* de Nicolás Antonio y *Junta de libros. La mayor que España ha visto en su lengua* de Tamayo Vargas, *Catalogus clarorum Hispanae Scriptorum* de Valerio Andrés e *Hispaniae Bibliothecae seu Academiis ac Bibliothecis item elogium et nomenclator clarorum Hispanae Scriptorum qui Latine disciplinas omnes illustrarunt* de Andrés Schott, ésta última sumamente original por cuanto su fin era «dar a conocer al mundo extranjero, a Europa, lo que es España» [Sainz Rodríguez, 1989: 62] a través de su literatura. Todas ellas presentan similares características: como ya indican algunos títulos, el latín se prefiere sobre el castellano, lengua que aún no se considera plenamente de cultura; en ellas es fundamental el aspecto biográfico, y es que no son, en puridad, historias de la literatura, sino historias de los escritores; la erudicción prima sobre el enjuiciamiento crítico, de modo que el historiador ofrece toda la información disponible sobre obras y, especialmente, autores, dejando de lado su calidad; en definitiva, se trata de meros bancos de datos sobre los hombres ilustres de la cultura española.

PRIMEROS EJEMPLOS DE LA HISTORIA LITERARIA

En el siglo XVIII², paradójicamente, los primeros en componer una verdadera Historia de la Literatura fueron aquellos que tanto despreciaron su pasado cultural y por tanto literario inmediato: los intelectuales ilustrados. Sin duda, su afán enciclopédico fue más fuerte que sus prejuicios estéticos y su acerba crítica a la literatura barroca, y además su empeño se vio favorecido por la aparición de nuevos y valiosos instrumentos de trabajo como los museos, la publicación de numerosos catálogos bibliográficos (fruto del registro de las grandes bibliotecas creadas durante el período humanista) o la fundación de la Biblioteca Nacional y la Real Academia de la Lengua.

2. Para un estudio amplio de la historiografía literaria en este siglo vid. Cebrían García, J., "Historia literaria", F. Aguilar Piñal, ed., *Historia literaria de España en el Siglo XVIII* (Madrid: Trotta-CSIC., 1996) 513-592.